

# Unanimidad

► Los relatos del libro ganador del Premio Setenil, cobijan la humanidad de un artista

Ramón Jiménez Madrid



■ Como cuando hace diez años, y con el mismo jurado compuesto por Juan Manuel de Prada, Ana Baquero y Manuel Moyano que premió a Alberto Méndez por aquella magnífica obra de *Los girasoles ciegos*, he tenido la suerte de participar este año en la concesión, otorgado por unanimidad, del Premio Setenil de cuentos que concede el ayuntamiento de Molina de Segura, al que algunos denominan, sin apenas exageración, como el Oscar del cuento español al concederse al mejor libro de cuentos que se haya publicado en el año anterior. Un premio que honra en extremo a un pueblo en su esfera cultural, precisamente cuando están cayendo muchos otros por aquello de los recortes de toda ley y por castigar una vez más al sector literario, cada día más encogido, a punto de una gran recesión.

Este año el premio ha recaído en el asturiano Ignacio Ferrando por *La piel de los extraños*, un autor que había publicado algunas obras anteriores y que había participado en alguna antología de la



Ignacio Ferrando

modalidad, que se movía por los olvidados aledaños del cuento y que ahora, con el premio en la mochila, pasará a engrosar la lista de los mejores, no en balde se ha impuesto en justa lid sobre casi setenta aspirantes, muchos de ellos bien conocidos en el panorama nacional. Una dura pugna que ha culminado de la mejor manera porque Ignacio Ferrando

se lo merece, prueba de ello es que todos los componentes del jurado -hecho no muy frecuente en estas pruebas- hemos coincidido sin asomo de duda en denominarle como tal. Y puede parecer hecho raro, porque asimismo parecen extraños, bárbaros o extranjeros unos cuentos en donde los personajes llevan nombres lejanos y se sitúan en fronteras que son precisas buscar en el mapa o en la enciclopedia para saber si son reales o son pieles que habitan espacios ignotos. O fuera del territorio español, emplazando sus historias en capitales europeas, en dominios alejados o foráneos. Y su escritura parece también algo anómala a primera vista para el carácter español, para los discursos propios del cuento en donde no abundan mucho los adjetivos y en donde no se lleva la descripción. Y parece en principio que se trata de una escritura extranjera pero pronto, prescindiendo de nombres y marcos, se aprecia el enorme valor de una prosa enriquecida por los conocimientos técnicos del ingeniero que es Ignacio Ferrando, autor al que hay que echar de comer aparte en cuanto a riqueza idiomática, calidad artística y dominio de la modalidad. Mucho más que las tramas, que las sorpresas del final, el lector se encandila ante la magnífica prosa de un autor que parece dominar todos los registros expresivos, explotar todos los mejores niveles estilísticos a fin de conseguir cuadros y escenas de naturaleza perfecta, historias algo



herméticas, que precisan de la atención del lector para desentrañar el misterio que las envuelve, el humo que se espesa por encima de ellas. Una vez descubierto el velo, se aprecia la claridad deslumbrante, la hondura de la construcción, el acierto de los procedimientos, la densidad de su escritura. Historias que discurren por los cauces de la sugestión, por los caminos de la metáfora, por los emblemas de la observación. La guerra, la incomunicación, el silencio, la muerte se adentran en sus cuentos, dotados de una aparente y distante fría cobertura, de una implacable palabra, de una inmaculada estructura. Pero por debajo se cobija la humanidad de un artista cosmopolita que le ofrece al lector la oportunidad de pasar del ejercicio a la briosa construcción, de los escarceos literarios a la rigurosa estructura literaria.

Nos movemos con Ignacio Ferrando en los terrenos de la narración culta, cuidada. Con una escritura rigurosa y amplia. Con un estilo potente y alejado de lo castizo. Con páginas como *Violines* o *Liberación* que se graban para siempre en la memoria.